

DE CONSERVAR EL JARDÍN EUROPEO (LA UNIÓN EUROPEA DE HOY) A CONVERTIRLO DE NUEVO EN UN ERIAL (TAL COMO ESTABA EUROPA HACE SETENTA AÑOS: 1950-2020): A PRÓPOSITO DEL LIBRO EUROPA (Cristina Cerrada: Seix Barral, 2018) Y DEL LIBRO HINDENBURG (Cristina Cerrada: Seix Barral, 2019).

Con esta recensión en clave histórica de los libros de literatura Hindenburg y Europa, ambos de Cristina Cerrada, nos encontramos con un material docente para trabajar en clase sobre la integración europea y sus derivadas para comprender el momento presente de Europa. Pretendemos, por tanto, reflexionar sobre lo fácil que es destruir y lo complicado que es construir, o, en otras palabras, de conservar el jardín europeo (la actual Unión Europea) o de convertirlo de nuevo en un erial (tal como estaba Europa después de la Segunda guerra Mundial, antes, por tanto, del inicio del proceso de integración europea que ahora cumple setenta años (1950-2020). Los libros hablan de dos territorios plenos de tragedias actuales en los límites de lo que conocemos como la Unión Europea, que superó sus tragedias familiares y ahora es un lugar de paz y desarrollo -un jardín- como nunca lo fue Europa (lugar al que poco a poco se van sumando los territorios balcánicos de la antigua Yugoslavia), pero que como toda obra humana si no se cuida puede terminar por degradarse hasta destruirse.

Dicha armonía en todos os órdenes de la vida se rompería de nuevo con la “irrupción de una marea negra”, algo que ya sucedió por dos veces durante la primera mitad del siglo XX en Europa. El caldo de cultivo que facilitaría el nuevo Har-magedón –este ya en pleno siglo XXI- estaría impregnado de un odio (como en la época de entreguerras un odio que puede aparecer aderezado de políticas sociales, étnicas, lingüísticas, ideológicas, religiosas o nacional-populistas, entre otras) hacia el “otro”, que implicaría indubitablemente un uso de violencia inconmensurable para su eliminación sin más (recordemos que la “envidia cañita” según expresión de Miguel de Unamuno, puede llevar al odio y a la aniquilación del otro). Dichas “políticas del odio” nos dejarían, en lo que hoy es el jardín europeo, la “tierra baldía”, una situación y una época de la que ya nos hablara en sus escritos T. S. Eliot, y que pensábamos felizmente superadas, como el “hombre hueco”, también en expresión de Eliot, característico de aquel momento trágico de nuestra historia común.

El principio del fin de la situación que hoy disfrutamos en Europa, gracias al proyecto de integración que es la Unión Europea, según barruntan los analistas de nuestro tiempo, vendría de la mano, precisamente, de una hipotética “ruptura de la Unión a la yugoslava”, que implicaría –como sabemos por el caso de la ex Yugoslavia- un escenario de violencia; pero, si el anterior caso no se produjera., seguiría Europa abocada, quizá con menos violencia, pero no con menos dramatismo, a una “ruptura a la soviética”, que, a la postre, generaría conflictos no exentos de violencia. A este escenario, auténticamente dantesco para el europeísmo se llegaría por mor de divisiones y hostilidades propiciadas por un radicalismo populista de extrema derecha y extrema izquierda y un nacionalismo enfermizo fraguados ambos al calor de la política europea, pero contrarios a los valores del ideal europeísta y que

no dudarían en dilapidar la herencia recibida después de setenta años de integración comunitaria de la que se benefician en la actualidad los europeos de los cuatro puntos cardinales del Viejo Continente, desenterrando de nuevo los viejos fantasmas de los odios ancestrales y propiciando el enfrentamiento, el conflicto o incluso la guerra entre los europeos. Para que lo anterior no termine de afectar al proceso comunitario en marcha, debemos abogar por hacer pedagogía con los valores que dan sentido a la Unión Europea, y si es verdad, como apuntan los analistas “que lo que se ha hecho hasta ahora ha sido fundamental”, es de todo punto necesario mantenerse en la “lucha para seguir difundidos”, y en ello deberían estar comprometidos todos los europeístas.

Como decíamos más arriba, los libros que recensamos hablan de dos territorios plenos de tragedias, y que nos han conturbado en nuestro tiempo actual. Esos territorios están vinculados a lo que fueron dos estados soberanos de tipo teóricamente federal, la Unión Soviética y Yugoslavia, hoy, como sabemos, desintegrados en función de procesos aparentemente desiguales, pero acelerados por odios ancestrales.

Uno de esos territorios es Ucrania. La crisis iniciada en el otoño de 2013 se acrecentó rápidamente a partir de la primavera del año siguiente. De este modo, el proceso puesto en marcha que implicaba “forzar a Ucrania a elegir entre Bruselas y Moscú”, bien podría impulsar una situación hasta el punto de repercutir sobre la unidad territorial de Ucrania. Es cuando se produjo la “cuestión de Crimea”, que en menos de un mes (de febrero a marzo de 2014) volvió a estar bajo soberanía rusa. Lo anterior produjo el corolario (a partir de principios de abril) del enfrentamiento armado en el este del país (en especial en las regiones de Donetsk y Lugansk –en el Donbass-), con la disyuntiva entre federalización o ruptura de la unidad nacional (en ese momento Rusia había propuesto la creación de un “grupo de apoyo” para una Ucrania federal y neutral, es decir, un Estado “tapón”), la crisis ucraniana entro en una nueva fase con el protagonismo –y en beneficio- de la Federación de Rusia. Lo anterior nos ayuda, sin duda, a comprender la evolución de la actual “cuestión de Ucrania” planteada, como decíamos más arriba, a partir de la crisis de 2013-2014, y que, en especial por lo que se refiere al enfrentamiento armado en el este, iniciado inmediatamente después de la salida de Crimea en dirección a Rusia, lleva visos, como sabemos, de convertirse en un conflicto silenciado de larga duración y de penalidades sinfín para la población en su conjunto.

El otro territorio –sin que éste se profile claramente en la novela- corresponde a una de las antiguas repúblicas yugoslavas del Estado federal creado después de la Segunda Guerra Mundial, bien pudiera ser Croacia o bien pudiera ser Serbia. Así las cosas, cuando en la época de entreguerras se afirmó que “Yugoslavia no está tan unida como podríamos desear. No se reparan en unos años las consecuencias de varios siglos”, se evidenciaba la tradicional división de los distintos pueblos eslavos de la península de los Balcanes. Dicha afirmación, que resumía las enormes dificultades que hubo de afrontar la “primera” Yugoslavia, bien podría haberse formulado en la década de los noventa, cuando la “segunda” Yugoslavia desencadenó el proceso hacia su desaparición, y que comenzó a incubarse en el mismo momento de su

surgimiento como Estado-nación. De esta manera, Yugoslavia –el país de los eslavos del sur-, después de más de siete décadas de Estado común –aunque con diferente organización: desde el modelo centralista de tipo serbio al comunismo soviético y después titoísta- finalmente se desintegraba y se destruía a sí mismo en una guerra fratricida, víctima de la intolerancia ideológica, nacionalista, étnica y religiosa, víctima, en suma, de sus particulares “políticas del odio”.

En lo anterior, está, creemos, la contraposición entre los territorios de Ucrania-Rusia que se recrean trágicamente en Hindenburg, y los territorios balcánicos, más trágicos incluso que los anteriores –aunque estos territorio aparecen representados de manera, más difuminados, en el libro Europa (lo que puede llevar incluso a la confusión, ya que los nombres propios que salen en el libro no parecen ni croatas ni serbios ni eslovenos, sino eslavos polacos o checos -lo que se pueda entender, quizás, como una libertad de estilo de la autora, recuérdese, en todo caso, que se trata de obras literarias, de novelas, y no de libros de historia-), reflejados en contraposición a los territorios ahora en paz y en desarrollo de la Europa comunitaria en marcha. En efecto, como ha dicho la crítica literaria, estas dos obras de Cristina Cerrada tienen como objetivo “mostrar el horror de la guerra” (José M. Pozuelos Yvancos: “ABC Cultural” –sábado, 8 de junio de 2019, p. 11).

En el libro Europa -ambiguo, sobre todo, en la recreación del territorio, pero también de la peripecia por las que pasan sus protagonistas, ya que la autora no concreta exactamente elementos identitarios que denoten el origen de los mismos, sin duda un artificio literario para intentar reflejar la universalidad de la situación recreada- se puede pensar que se trata de los refugiados de ex Yugoslavia, aunque los nombres de los personajes, como ya se ha dicho, no sean en su mayoría propiamente eslavos del sur. No obstante, el libro no esconde que la realidad de los hechos de los que trata, que ensombrecieron hasta el extremo aquellas tierras balcánicas, tienen como protagonista a una familia de refugiados –que, como decíamos, bien pudieran ser croatas, bien pudieran ser serbios- procedentes, por tanto, de la ex Yugoslavia, es decir, huida de la guerra, y que termina su periplo de miedo, angustia y sufrimiento –transitando por otro país balcánico que bien pudiera ser Eslovenia, fronterizo con el de llegada- en Austria, es decir en “Europa”, en donde el vivir cotidiano no estará exento de dificultades para una familia en busca de asilo y trabajo después de la tragedia sufrida en su tierra de origen, y de la que pudieron finalmente salir en busca de una vida mejor, lo que no será tarea fácil: ahí radica en de las claves fundamentales de la obra en cuestión. Todo ello es lo que la escritora nos quiere transmitir, su mensaje: la lucha y los sufrimientos de la gente en tiempos de guerra, destacando especialmente la difícil posición de las mujeres y su valentía y coraje en un medio hostil; mujeres caracterizadas –en las dos novelas de Cristina Cerrada de las que venimos tratando- por su “indefensión y vulnerabilidad” (como recalca en su crítica Pozuelo Yvancos).

En Hindenburg, sin embargo, el espacio de la novela es mucho más evidente y claro, efectivamente el libro habla de la guerra en el Donbass en 2014, generada a partir de la crisis de producida a partir del otoño de 2013 en Ucrania, y de la que pretendió sacar beneficio Rusia (y de hecho lo sacó con la “recuperación” de Cri-



mea), como ya se ha dicho más arriba. Esta vez sí, en la novela aparecen nombre de ciudades conocidas de Ucrania como Odessa, Donsk (lugar donde creció la protagonista Razha cerca del Mar de Azov, un territorio ucraniano de tradición católica, o mejor dicho greco-católica), y algunas como Yensen, Panov, Donvast (probablemente la ciudad de Don, cerca de Odessa) o Loganks que no se pueden localizar en Ucrania, y seguramente son artificios literarios, que describen la zona del conflicto actual, como también hemos señalado, al este de Ucrania, un conflicto actualmente “congelado”. La novela describe sin medias tintas la lucha por la vida de una mujer, que es su protagonista fundamental, cuyo objetivo no es otro que la supervivencia diaria al cualquier precio, y siendo mujer es precio es altísimo, y nunca se rebaja, en un ambiente postbélico, un territorio salvaje como todo territorio al salir de un conflicto bélico, que en caso que recrea la novela, en el este de Ucrania, una zona vinculada tradicionalmente más a Rusia que a Ucrania, por tanto, de influencia cultural y lingüística panrusa, que debe serlo también de obediencia política y militar. Como en la novela anterior, también en esta la autora no muestra a la mujer, plena de valentía y coraje, pero indefensa y vulnerable, a expensas de quien le procura el sustento personal y familiar, personaje sórdido propio de los momentos salvajes de toda situación postbélica y que no deja de cobrarse peaje debido de manera permanente con la mujer desvalida y humillada que ha propiciado la guerra y que se mantiene en la posguerra, época a veces más dura que la de guerra plena y sin cuartel. Como ha señalado el crítico, osé M. Pozuelo Yvancos, es en esta situación extrema, donde la protagonista aspira a mantener la dignidad intrínseca que como persona le es propio, donde la autora genera un discurso feminista cabal, “que no precisa decirse como tal, le basta llamar la atención sobre la extrema vulnerabilidad” e indefensión de la mujer que en este caso a fundamento al libro en su conjunto. Un ser que, en una situación de guerra y posguerra permanente es el eslabón débil de la situación creada, un “escenario donde los monstruos se parecen más a ellos mismos. Una vez desatada la sinrazón de la fuerza, toda debilidad es imposible y recibe castigo”.

Después de lo anterior, debemos tener claro –en especial las nuevas generaciones, que deben recibir y acrecentar la herencia recibida– que el objetivo de todos debe ser el de conservar el actual jardín europeo (la Unión Europea de hoy, con sus luces y sus sombras) y que nunca más se degrade hasta el punto de convertirse en un erial, tal como estaba Europa en 1950, cuando se puso en marcha el proceso de integración europeo y que ya ha cumplido setenta años, una época de paz, libertad, desarrollo socioeconómico y democracia para todos.

Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid